

Testimonio de Sini Sarry, colaborador de la Oficina de Derechos Sociales

Nuria del Viso
FUHEM Ecosocial

El senegalés Sini Sarry, pescador de profesión, llegó a España hace siete años, cuando la sobrepesca de los grandes buques extranjeros le dejó sin su medio de vida.

Sini Sarry, 37 años, tiene dos hijos pequeños en Senegal. Salió de su pueblo, en la costa senegalesa, hace ahora siete años. «Nunca pensé en salir de mi país, allí estaba muy bien. Desde que nací nunca me ha faltado de nada. Nací en una familia grande. Mi padre era pescador y también tenía campos», señala en un correcto castellano. También él se dedicó a la pesca durante 15 años, pero la sobreexplotación de los grandes buques pesqueros extranjeros les dejó sin negocio y sin un medio de subsistencia. «Llegó un momento en que el mar daba poco: llegaron los grandes pesqueros, que tienen formas de pesca más eficaces, y nos faltaba peces. La pesca iba mal; al mismo tiempo, la gente que venía de Europa y de América tenía cosas que nosotros nunca podríamos comprar, como casas más bonitas y coches buenos, así que pensamos: 'allí hay más dinero que donde estamos', y así empezamos a pensar en viajar a Europa».



En esos años comenzaban a salir las primeras pateras de Senegal; los primeros que salieron ya habían mandado noticias de que habían llegado bien, lo que animó a otros a intentarlo. Salió en la primera patera que partía de su pueblo. Sarry tuvo que recurrir a su larga experiencia en la mar durante la travesía cuando arreciaron fuertes vientos que les desviaron tres días de su ruta. Tardaron nueve días en alcanzar la costa canaria. A 200 kilómetros de tierra firme, la nave se quedó sin combustible, e improvisaron una vela. «Llegamos con la ayuda de Cruz Roja y de los guardacostas; gracias a ellos hemos sobrevivido», apunta. Le trasladaron a un campo de internamiento y después de examinarle le dieron la entrada y le trasladaron a la península. «Cuando llegué pensé, 'ya he llegado donde quería llegar; como persona trabajadora que soy, seguro que encuentro trabajo fácilmente'. Pero me di cuenta pronto que en este país no se puede trabajar sin papeles ». Sólo quedaba la venta ambulante y, aunque trató de esquivarlo porque, como explica, «la venta nunca me ha gustado», acabó por aceptar. «Llevaba siete meses en una casa en Salou, en Tarragona, y no trabajaba, no vendía ni hacía nada, sabía que eso no podía seguir así, que tenía que buscarme la vida porque no podía seguir

viviendo del apoyo de otros. Llamé a unos compañeros en Madrid y me dijeron que podía vivir con ellos. Era una casa abandonada que tenía agua, pero no tenía luz y empecé a dedicarme a la venta. Ganábamos poco dinero, si no sabes comunicarte bien y te da un poco de vergüenza vender, pues es difícil, y es lo que me pasaba, solo sabía hablar francés y mi idioma materno». En 2008 la asociación CEAR le ofreció ir a una de las casas de acogida. «Me quedé con ellos cinco meses. Allí empecé a estudiar castellano y pude empezar a comunicarme con la gente». Después conoció a algunas personas de la Oficina de Derechos Sociales y empezó a colaborar con ellos hasta hoy.

En cuanto consiguió los papeles hace unos meses, Sarry visitó a su familia en Senegal, después de siete años sin verse. Su hijo pequeño apenas le recordaba. Todos sus ahorros los dejó en Senegal. «Siempre ves allí gente que necesita ayuda y si tienes algo, tienes que ayudarles. Así somos todos los senegaleses, nos ayudamos mutuamente. Ahora yo no tengo trabajo ni dinero y me están ayudando mis compañeros», manifiesta.

Sini Sarry señala que la ruta migratoria ya no parte de Senegal, como hace unos años, sino de Marruecos, a donde llegan de otros países de África para emigrar desde allí a Europa.

Explica las dificultades administrativas impuestas para conseguir los papeles, empezando por los obstáculos de comunicación para muchos de los recién llegados de África subsahariana y critica el trato vejatorio que se dispensa a los que carecen de papeles. Así le ocurrió un par de veces antes de tener los papeles. «Primero, te desnudan completamente para humillarte. Es muy vergonzoso, nunca imaginé que eso ocurriera. Luego te hace la foto, cogen tus huellas y te llevan a la comisaría de Moratalaz por la noche. La policía suele salir por la noche en unas furgonetas pequeñas, donde casi no hay aire, meten gente como si fueran animales, unos esposados a otros. Allí, te hacen más fotos de todas las formas posibles, como si fueras un criminal, otra vez te cogen las huellas y te informan de a qué hora puedes salir del calabozo a hacer tus necesidades. Luego por la mañana te llevan a los juzgados de Plaza Castilla. El juez decide si te deja libre, te pone una multa o dicta una expulsión por 3 ó 5 años. Esto significa que te mandan a un CIE por un periodo que antes era 40 días y ahora es 60 días sin saber si te van a dejar libre o te van a expulsar. Si te expulsan, estás en el CIE hasta que reúnen el número suficiente de personas para un vuelo. Te dicen que 'si tienes buen comportamiento, te llevamos sin problemas', pero si no, te ponen las esposas, o te ponen unas ropas con las que no te puedes mover. Algunos empiezan a dar golpes o a armar un escándalo en el aeropuerto para que no les expulsen, porque si es un vuelo comercial de pasajeros y protestas, el piloto puede decidir que no entras, y a lo mejor te dejan libre, como les ha pasado a algunos. Por eso, cada vez más, usan vuelos militares, y ahí te llevan de todas formas».

A la pregunta de si ha notado más indicios xenófobos desde que empezó la crisis, Sarry asegura que «siempre hay gente que lleva dentro el racismo, lo lleva y lo va a llevar eternamente; pasa en todos los países, incluso en África». Y añade, «habría que decirle a la gente racista que 'si estoy en tu país es para ganarme la vida; no vengo a agredir o a molestar'. La mayoría de nosotros tarde o temprano vamos a volver a nuestra tierra natal, así que sólo estamos aquí temporalmente para trabajar y poder vivir mejor, que es lo que quieren todas las personas».